

DIFICULTADES EN LA VÍA

MYRIAM BUSTOS ARRATIA

Adelante iba únicamente la carretera: cinta de plata o de mercurio, árida, tersa, incrustada en el horizonte lejano. A la derecha y a la izquierda, espacios idénticos, cada uno reiterado en el otro como si lo reflejara de costado, situación indicadora -meditó, perdida la idea entre un sinnúmero de otros pensamientos inocuos, triviales- de que el camino simplemente había partido en dos una sola extensión llana, lampiña.

El único cambio que percibía ahora era el crecimiento inopinado, gradual, de vegetación, inexistente por completo al inicio del viaje, lo que ensanchaba, desde luego, el espacio visible.

El verde, entonces, iba levantándose discreto pero enérgico a ambos lados y restando espacio al celeste diáfano y sin mácula de esa mañana. Ni una nube -observó una y otra vez-, ni el más diminuto ovillo de gasa en ningún sitio de la bruñida bóveda. Ni aire, casi -se dijo después-. Creeríase que el elemento clave de la vida no ha sido nunca huésped por aquí, dado el estatismo casi plástico de los montículos de hojas y troncos que iban haciéndose presentes y elevándose a diestra y siniestra, cada vez con mayor brío, premeditación y alevosía -bromeó consigo mismo.

¿Cuánto rato hacía -una hora, tal vez- que se deslizaba en medio del silencio y la calma, sin obstáculo alguno, ni siquiera un animalillo que intentara cruzar de un lado a otro, como era frecuente en los caminos conocidos? Porque los animales son como uno: siempre están yendo a algún lado y forcejeando por introducirse en lo nunca visto. Y, como uno, también su destino es un albur, un resultado que suele oponerse a lo que se buscaba o se creía haber encontrado. El pensamiento último lo condujo de nuevo a Verbena: la descubrió un día en la calle, sucia, legañosa y con las costillas radiografiadas a través del pellejo y los pelos costrosos, y la percibió (¿tan utilitario él!) como una segura guardiana de su casa, si la recogía y aseaba y alimentaba. (Un amigo veterinario le aseguró una vez que las perras eran mejores vigilantes que los machos. Y que los zaguates -o zaguatas- ni hablar. Claro: de las perras deben haber heredado las mujeres el afán de controlarlo a uno.) Y como era hombre aficionado a las decisiones súbitas pero firmes, montó a la temero-

sa perrilla en el carro (no en éste, en el otro) y la llevó con él. Viridiana se encontraba allí, lo que le facilitó librarse él de la imprescindible y poco grata faena de limpieza del animal. La muchacha -ya se sabe que ningún pobre ve con buenos ojos a otro, si aparece como supuesto desplazador de sus privilegios- hizo un gesto de asco ante el maltrecho bichito. - Voy a dejármela, Viri, así es que báñela, por favor, y en seguida la alimentamos-. - ¿Ahorita, señor? (también la pregunta escondía un reclamo y una protesta) - Sí, ahorita, por favor-. - Pero se atrasará el almuerzo-. - No importa. No estoy tan precisado. Mientras no vea a esta bichita limpia, no me sentiré cómodo-. Y claro, Verbena fue adoptada para que ejerciera las necesarias funciones de cuidadora en ausencia de su amo, pero era sorda y nunca escuchó ni el más mínimo ruido, lo que sólo sirvió para exacerbar la conmiseración de él ("He observado que tenés más sensibilidad con los animales que con las mujeres vos") y esclavizarlo del humilde cuadrúpedo. Sí, con Verbena planeó una cosa y resultó otra. Como con María Clara y con todas las demás mujeres de su vida. Lo consolaba pensar que también a ellas les sucedió lo mismo con él, por cierto.

Ahora los árboles eran tan obvios a cada lado, que se sentía hendiendo un bosque. Resucitaban en él las infantiles fantasías en que éste era casi siempre el escenario de maravillosas experiencias. A no ser que pudiera cambiarlo por una isla desierta, donde los mantiales de esa «agua dulce» tan tentadora de que hablaban los cuentos de piratas y naufragios aparecían siempre, al igual que los dátiles y cocos, en su niñez conocidos sólo de oídas (o, mejor, de leídas). Pero el sol porfiaba ahora en ocultarse y en reaparecer. Desde que salió de su casa, muy de mañana, supo que había amanecido un nuevo día anodino, sin personalidad -se dijo-, indeciso entre lo claro y lo gris. Cuando la atmósfera se volvía plomiza, delante se instalaban los engaños de suelo mojado y resbaladizo. Que siempre se alejaban, por cierto. Ignoraba él, cuando lo tomó, que el camino a Valduera iba a ser recto siempre. Tanto, que de continuo estaba viendo el final, y aunque corría a casi cien kilómetros, el punto de arribo parecía inalcanzable.

Hacía años (qué digo: tal vez nunca) que no transitaba por una ruta completamente solitaria. Nadie había aparecido desde que tomó esa dirección, luego de echarse la ciudad a sus espaldas. Ni siquiera un bicho -ya lo observó, es verdad-. Porque el camino tenía una sola vía (¿cómo se regresará desde allá, y por dónde?), alma alguna apareció en sentido contrario, tampoco. Si tengo un percance, no habrá quién me socorra. Pero nada va a pasarme, porque el carro está muy nuevo y el pavimento se nota magnífico. Se deslizaba tan confiado, que estuvo a punto de tener aquel accidente en que había pensado hacía poco: de manera imprevista, surgió un hundimiento del terreno, se diría que un amplio tajo (aunque los tajos son sólo eso: incisiones, es decir, una sola rotura trazada por un instrumento filoso) en plena carretera que cortaba en dos la vía a casi todo lo ancho (no tan ancho, pues a cada lado del microbús Vulcano traído desde Gringolandia apenas habría un metro de espacio y desde allí nacía la tupida vegetación). Alcanzó a frenar exactamente al imponerse el vacío con toda su peligrosidad. Si no lo hace, se va adentro con todo y carro, y de ahí, ¿quién lo saca? Con el corazón brincándole aún y gruesas gotas de sudor que aparecieron simultáneamente con el frenazo, abrió la puerta y bajó, casi ingrátido, del vehículo.

¿Qué obstáculo más impensable y extraño! Parecía que una poderosa máquina hubiera arrancado un gran trozo de suelo. Una máquina, sí, y provista de un molde, porque en los cuatro lados que tenía el espacio abierto el corte parecía hecho con una herramienta afín a la guillotina, filosa y precisa que se hundió por lo menos dos metros y algo y ni siquiera desmoronó el terreno debajo del pavimento.

¿Dónde estaban el asfalto y la tierra que hubo antes allí? Su primer pensamiento fue que todo el gran bloque de terreno -tan largo como su Vulcano B D e, igualmente, tan ancho- había sido levantado así como se saca una porción de pastel o de queque del molde en que se horneó. (Desde que se quedó solo y tuvo que entablar relaciones casi promiscuas con la cocina, le surgían recurrentes las comparaciones con utensilios y tareas propias del mundo culinario.) El fondo del hueco estaba nivelado a la perfección. Aunque, si se observaba con cuidado, como lo estaba haciendo, en el centro había una especie de comba que descendía suavemente hasta los puntos en que se hallaban las cuatro paredes, como si se tratara de un objeto hundido allí; como si fuera - ¡pero qué ocurrencia ridícula!- el techo de un automóvil que se incrustó en el fondo. Lo veía desde arriba, y hasta pensó que inmediatamente debajo de la superficie había otra de distinto material, tan pulida y

tersa como la del techo de su Vulcano, sólo que de un color más oscuro. (Desde que tenía carro, prestaba especial atención a cuanto con ellos se relacionara. Y en esto -como en todo lo restante- no era nada original.)

Era absolutamente imposible continuar el viaje, pues su microbús no disponía de alas para saltar los por lo menos cuatro o más metros de piso bajo nivel que tenía por delante. (Siempre pensó que en realidad un helicóptero era el mejor medio personal de transporte, por mil razones.

¿Qué lástima que aún no se hubieran popularizado!)

El silencio empezó a ralearse de pronto con el sonido de un motor. Al volver la cabeza atrás vino un automóvil, ya muy cerca del lugar. Temeroso de que pudiera colisionar con el Vulcano -¡pero qué idea absurda, producto, tal vez, de que ante un obstáculo tan extravagante, la lógica de los hechos se hallara distorsionada!-, le hizo gestos y ademanes ampulosos para que se detuviera a tiempo. En su interior venían tres personas, que se bajaron en cuanto el vehículo apagó el motor, a un par de metros del microbús. El que manejaba era un muchacho que de inmediato preguntó qué sucedía. - Vea, no podemos seguir viaje -le respondió-. El joven y sus acompañantes -una mujer y un señor de cierta edad que parecían matrimonio- tampoco entendían cómo había surgido ese paréntesis cuadrado (o rectangular, más bien) en el camino, "tan bien hecho" -decía ella, con una vocecilla medio acezante y subterránea que le recordó a la de Ana Torroja, la de Mecano-, y de inmediato su voz interna empezó a tararear «Hijo de la luna» y a enojarse nuevamente con Editus por haberle vendido una casette fallada en que esa preciosa canción ni se oía. -¿Y dónde está el material que salió de aquí? -se preguntaba el hombre mayor- - ¿Y desde cuándo apareció esto? - ¿Y por qué no colocaron un rótulo, para que no pasáramos? - ¡Qué irresponsabilidad! ¡Qué manera de jugar con el tiempo y el dinero de la gente, digo yo!- Claro, era un extranjero el que hablaba, tan reclamadores siempre.

Pero de pronto otro conductor se anunció con su halo ruidoso: detrás del Nissan instalado a espaldas del Vulcano se detuvo un camión del que descendió un hombre muy grande y macizo seguido de un niño tan flaco, que impresionaba verlo. Todos se quedaron mirando al hombre, pero silenciosos, de seguro alguno diciendo pero qué chiquito tan delgado, debe estar enfermo. Apostaría que preguntará qué pasa -se dijo él, con cierta superioridad por haber sido el inaugurador en el conocimiento del problema-. ¿Qué pasa? ¿Hubo un accidente?- - Puede ser, pero no

parece –contestó él, con desgano–. No sabemos nada. Entonces el hombronazo avanzó hasta el bien cincelado y geométrico hueco y repitió lo mismo que todos ellos: que qué extraño, que quién hizo esto y por qué y para qué, que tan tranquilos que no colocan aviso alguno. En fin: nada original el tipo, puro cuerpo, nada más, y escasa materia gris. - A mí me precisa llegar a Valduera –dijo el grandote–. También a nosotros –agregó la nada original Ana Torroja nativa, aunque tal vez fuera de otra parte, quién sabe.– Pero no se puede pasar –sentenció él, con la misma capacidad adivinatoria de la Torroja–. - Habrá que volver atrás entonces. ¡Qué contrariedad!

Mas no era tan fácil, porque casi uno tras el otro, ya había seis vehículos -un jeep incluido, que virtualmente cubría todo el ancho de la asténica carretera- apostados detrás del camión del gigante. De todos ellos habían descendido sus ocupantes y reiterado las mismas preguntas e iguales comentarios. Había una muchachilla medio hippy pero de muy buena cara que acompañaba a un grandulón que no renunciaba al desagradable chicle introducido en su boca tal vez desde la misma salida de la capital (de seguro tenía mal aliento el tipo); un par de chiquitos que se notaban contentos con el incidente, porque les había dado la oportunidad de bajar del Hyundai Elantra en que viajaban y de aventurarse entre la vegetación que tendía a formar una bóveda sobre la pista; una pareja de novios que no se soltaban de la mano, enroscada ella de él como una culebra, viéndolo siempre cuando hablaba y asintiendo silenciosamente a cuanta genialidad decía; un individuo que también viajaba solo, con aspecto de académico, algo enigmático y comportándose más que nada como observador, el codo derecho agarrado con la mano izquierda e incrustado en el hueso de la pelvis, viendo incansable hacia el fondo del rectángulo bajo nivel y lucubrando quién sabe qué, puesto que su expresión era abiertamente la de quien argumenta consigo mismo y concluye algo concreto.

Él estaba desde hacía rato sentado en su automóvil. El liderazgo jamás había figurado entre sus valores. El calor era muy incómodo. Además, le resultaba cansador permanecer tanto tiempo de pie. Nunca había tenido mucha paciencia para hablar sandeces como las que se intercambian entre desconocidos que esperan. Desde que se percató de que habían comenzado a hacerse averiguaciones mutuas sobre su propósito de viaje y otros asuntos igualmente personales, creyó conveniente marginarse. Por dicha tenía unos periódicos y hasta un libro, por si pasaba la noche en Valduera, de modo que empezó a hojear el diario del día. Desde luego esa gente era muy tozuda

y poco realista: todos estaba esperando una solución mágica. Por algo es que ninguno tomaba la iniciativa de desandar lo recorrido, que era lo único posible. (Aunque viajar todo el larguísimo trayecto en reversa debía dejar con tortícolis o con las vértebras descoyuntadas.) Por el espejo retrovisor vio la fila interminable de automóviles, camiones, jeeps, furgones, pic ups, microbuses y quién sabe cuántos otros representantes de la modalidad motorizada terrestre de traslado que habían ido apareciendo y deteniéndose y bajando sus conductores y acompañantes y yendo adelante a ver qué sucedía, para amontonarse en seguida en la estrecha margen y llenar el tiempo con comentarios que sólo servían para ilustrar la función fática del lenguaje, es decir, la que solo busca mantener el contacto, aunque sea por medio de frases estúpidas que nada resuelven. (Ésa era la única función que recordaba, de las cinco o seis que habían mencionado y explicado en aquel cursillo de comunicación en que se inscribió por exigencia de su trabajo, aunque no le fue muy útil, por cierto, que una cosa es la teoría y otra la entrada en combate.)

Se encontraba repasando el periódico cuando llegó hasta su puerta -que mantenía entornada, un pie estirado y apoyado sobre el suelo, pues adentro hacía mucho calor y el espacio estrecho lo acrecentaba- uno de los tipos a quienes poco antes vio enfrascado en una discusión -al parecer, «de alto nivel»- con el Goliat de la carretera. Quería hablarle, por lo visto. O mejor: deseaban hablarle, porque tras él había unos cuantos más, ya que ahí solo cabía una persona y las otras debían equilibrarse a su siga como pudieran. - Señor,...¿con quién tengo el gusto? - preguntó con rebuscada amabilidad un bicho alto y de ojos algo saltones-. - Medrano. Lucas Medrano -respondió, sin agregar el infaltable e hipócrita «para servirle» que se estilaba tanto-. -Gracias, señor Medrano. Queremos decirle que tenemos la solución-. - ¿La solución?- - Sí, señor-. Como él sabía que existía más que una, lo cogieron por sorpresa. Se quedó viéndolos y esperando escuchar el magno descubrimiento. - Vea -intervino el hombre hercúleo, que seguía al sapillo flaco-: aquí no hay más que echar el carro al hueco-. No entendió. - ¿Echar el carro al hueco? ... ¿Qué carro?- - El suyo, señor-. ¿Echar mi carro al hueco?- Sonrió, porque cuando se escuchan imbecilidades, es lo que se hace, ¿no? Los otros lo contemplaban con mucha seriedad. - ¿Y se puede saber para qué?- (Por cierto, deseaba disfrutar de la totalidad de tan insigne razonamiento.) - Pues para poder pasar. Para seguir viaje-. - ¿Por dónde quieren pasar?- - Por sobre su carro. Podemos pasar todos. Lo hemos visto bien y nos dimos cuenta de que es un

excelente carro, muy resistente. Un auténtico Bull Dog. Se ve que lo trajo de Estados Unidos. Debe usted haber pagado una suma respetable por él. Además, el tamaño del hueco corresponde exactamente al de su carro, que es de los sin trompa, como todos los B D, para mayor suerte. Es como si lo hubieran hecho pensando en esa posibilidad-. - Lo medimos, señor Medrano, para no decirle nada sin estar seguros -agregó el académico, ahora con su brazo flectado y en la frente tres arrugas profundas trazadas a látigo que delataban el mucho ejercicio intelectual reciente. (De seguro la tercera acababa de formarse, tras la deliberación o durante ella.) Entonces empezó a reírse. A mandíbula batiente, a toda máquina. Y conste que eso no era habitual en él, persona más bien reprimida en materia de expresión de sentimientos. Cuando finalizó su inesperada respuesta corporal, los fue viendo a todos, uno por uno, elevando el cuello por sobre las cabezas, después de ponerse en pie. Estaban silenciosos y expectantes. No hubo nadie que no mostrara un rostro grave, todos con la vista clavada en la suya. Sacó el pañuelo y se sonó ruidosamente, porque a él la risa le traía siempre abundante secreción nasal, acompañada ahora de copioso sudor que enjugó también. Volvió a ocupar su asiento en el automóvil y se quedó en silencio. - Señor Medrano -habló el académico-, nosotros comprendemos cómo debe sentirse. No sabe cuánto lamentamos que haya sido usted precisamente la única persona que puede resolver esto. Pero la vida es así, señor: al que le toca, le toca. Usted lo sabe. Ahora le corresponde a usted y debe aceptarlo. Cualquiera de nosotros que estuviera en su lugar tendría que hacer lo mismo-. - ¿Quiere decirme por qué tendría yo que aceptar esa locura que me están proponiendo? - Porque a usted le tocó la mala suerte de llegar primero y de ser el escollo para los demás-. - ¿El escollo? No, señor: el escollo no soy yo, sino el hueco-. - De acuerdo, pero usted llegó antes que nadie, y como está delante de todos, no podemos pasar-. - Si yo no estuviera, tampoco podrían, porque el hueco se los impediría-. - Vea, señor, hemos discutido bastante ya y hemos concluido que cualquiera de nosotros que estuviera allí tendría que haberse sacrificado. Usted debe hacerlo porque está adelante, por eso tan sólo, y porque su carro cabe exactamente en el hueco. Cuando lo tenga adentro se dará cuenta de que alguien lo escogió a usted para resolver el problema de muchos. En la vida es siempre así: alguien tiene que sacrificarse. Los ejemplos sobran y usted los conoce. Puede pensar en Nuestro Señor Jesucristo, para que no se complique mucho-. - Está bien, debo sacrificarme, pero díganme: ¿quién va a

pagarme mi automóvil, cuando les haya servido de puente a todos y quede destruido? - No puedo responderle a eso, señor, pero yo, por mi parte, le prometo servir de testigo cuando usted plantee la reclamación correspondiente al organismo estatal responsable de esta carretera. No me cabe duda de que todas estas personas le servirán como testigos también. Sacrifíquese, señor, por favor, que todos tenemos prisa en llegar a Valduera y ya hemos perdido demasiado tiempo-. - ¿Y qué harán ustedes si me niego? Porque no voy a ser tan ingenuo como para creer que planteando el asunto a un organismo estatal van a devolverme mi carro-. -No puede negarse, señor, porque esto lo hemos decidido todos. Vivimos en una democracia, así es que debe aceptar la decisión, tomada, se lo puedo asegurar, por mayoría absoluta de votos-. - Pero yo no voté-. - Claro que no, señor, pero eso no importa, porque ya sabemos que su voto habría sido contrario al nuestro, ya que el ser humano es por naturaleza egoísta: siempre piensa en sus propios intereses y nunca en los ajenos. ¿Para qué pedírselo, entonces? - Hay algo que ustedes no tomaron en cuenta, porque no lo sabían. -¿Qué, señor Medrano? - Que yo no soy partidario de la democracia. Ni siquiera creo en ella. Más aún: soy anarquista-.

Está bien, señor, usted tiene derecho a pensar de otra manera. Todos podemos pensar como queramos. Pero en este país hay un sistema democrático y usted debe respetarlo-. - Y si no lo respeto, ¿qué? -Lo obligaremos. Somos muchos y estamos de acuerdo. Por favor, permítanos volcar el carro sin violencia, que tal vez en esa forma pueda conservarse algo-.

A estas alturas del increíble intercambio verbal que estaba produciéndose, habían llegado cientos de personas a la cabeza de la fila de vehículos que debía ser interminable, a juzgar por el gentío que había destrozado, cuanto obstáculo vegetal había a ambos lados de la carretera, deseoso de escuchar la discusión cuyos resultados le concernían. Veía caras, cabezas y brazos levantados por todas partes, ahora impacientes y hasta amenazadores. Las expresiones abiertamente agresivas surgían en medio del murmullo, y también los argumentos personales en que cada uno le decía por qué necesitaba llegar antes de la noche a Valduera. Lo trataban de viejo necio, algunos; otros, de terco; los más, de hijoeputa. Las voces iban subiendo de volumen y se percibía la impaciencia y la furia. Entonces supo que estaba derrotado. Y como toda su vida se rigió por el principio de la realidad, esta vez lo hizo también.

- Vuelquen el carro -dijo, sin moverse de su asiento.- Gracias, señor. Muchas gracias. Pero baje y saque sus cosas. Yo puedo llevarlo en mi automóvil hasta Valduera.

- Le agradezco, pero ya no deseo ir a Valduera. Me quedaré en el carro y saldré cuando todos hayan pasado.

- Ni se le ocurra. Adentro moriría asfixiado o aplastado.

- No se preocupe por mí. En mi vida mando yo y he decidido afrontar lo que pase. Vuelquen el carro de una vez, que ya es casi de noche.

Entonces empezó un grupo grande de hombres a empujar el vehículo hacia adelante. Este cayó de punta con gran estrépito y tras rítmicos y breves tambaleos se acomodó en el nicho que, efectivamente, parecía haber sido hecho a su medida.

Cuando él quiso ver por la ventana, sólo encontró los fríos muros cuya perfección había admirado desde arriba y que introdujeron de golpe la oscuridad y el pánico, al tiempo que sobre su cabeza sentía pasar los cientos de ruedas frenéticas que empezaban a calentarse y a ganar velocidad.